

# WOJTYLA Y LUTERO

E. MIRET MAGDALENA

**L**A nación de la reforma luterana ha recibido al Papa con curiosidad, interés y en general con favorable acogida.

El país de la «cultura de la obediencia», como lo llama el teólogo católico Metz, se ha encontrado bastante a gusto con un Papa vital, aunque duro en la doctrina, pero hábil en el manejo práctico de estos principios que él vivió en su experiencia polaca.

Algunos creemos que su figura vitalmente valiosa ha equivocado su gobierno del catolicismo por tener la «pretensión de universalizar el modelo polaco a la Iglesia universal», como he repetido yo en TRIUNFO una y otra vez, y como ahora ha recordado Metz con motivo del viaje de Juan Pablo II a Alemania.

Un viaje moderadamente triunfal que ha supuesto un gasto desmedido para el que la Iglesia alemana pidió ayuda al mismo Estado alemán, a quien criticó el Episcopado por el exceso de gasto público en que se embarcó en estos últimos años de política social-demócrata.

Cincuenta discursos en alemán, millones de alemanes que le escucharon y vieron personalmente a través de la TV han quedado complacidos de su visita. Y católicos y protestantes se han visto unidos después de este recorrido relámpago por siete grandes ciudades alemanas.

Los protestantes franceses estuvieron muy reticentes con el viaje papal al vecino país. En cambio, después de esa experiencia dudosa, aprendió el Papa Wojtyla a tener más cuidado; incluso a propugnar un amplio ecumenismo entre católicos y luteranos, entre los seguidores de Roma y los de Lutero.

El único chirrido, en este pacífico periplo, fue el inesperado y valiente discurso de la dirigente de la juventud católica múniquesa Barbara Elgel. Pidiendo una vez más lo que tantos pedimos: una seria y objetiva reflexión sobre la sexualidad juvenil, el matrimonio-amor, el puesto sin discriminación de la mujer en la Iglesia y la supresión del celibato eclesiástico obligatorio en un mundo que cada vez tiene menos sacerdotes.

Pero ninguno de estos hechos fue tan novedoso como la apertura del Papa hacia el diálogo con el gran «hereje» Lutero. Este fraile agustino que, poco a poco, se sintió apartado de una Iglesia dominante que estrechaba filas contra él y sus seguidores en el siglo XVI.

Pocos se dan cuenta de aquellos puntos doctrinales (de graves consecuencias prácticas) que nos han separado durante cuatro largos siglos a los católicos postridentinos y a los protestantes. Porque antes del rígido Concilio de Trento, las doctrinas sustentadas por estos disidentes fueron normalmente defendidas en la Iglesia católica. La acritud, vehemencia y duro lenguaje de Lutero hicieron mucho por separar lo que antes no era motivo de separación. La mejor prueba de esto se deduce al comparar los catecismos católicos de la época, y el primer catecismo protestante escrito por Lutero, que se llamó el «Pequeño Catecismo».

Un cardenal seglar, Contarini, escribió uno de los primeros catecismos católicos del siglo XVI y en él apreciamos todavía el gran acercamiento entre las doctrinas de Lutero y muchas posturas perfectamente católicas de la época.

Repasamos unas pocas:

La primera es la postura global del herejarca, tal como la vio un gran teólogo católico alemán de la generación anterior a la nuestra, Karl Adam. Para él las más importantes doctrinas del reformador germano eran sólo opiniones teológicas discutibles en aquella época, pero nunca herejías. Otra cosa fue después del endureci-

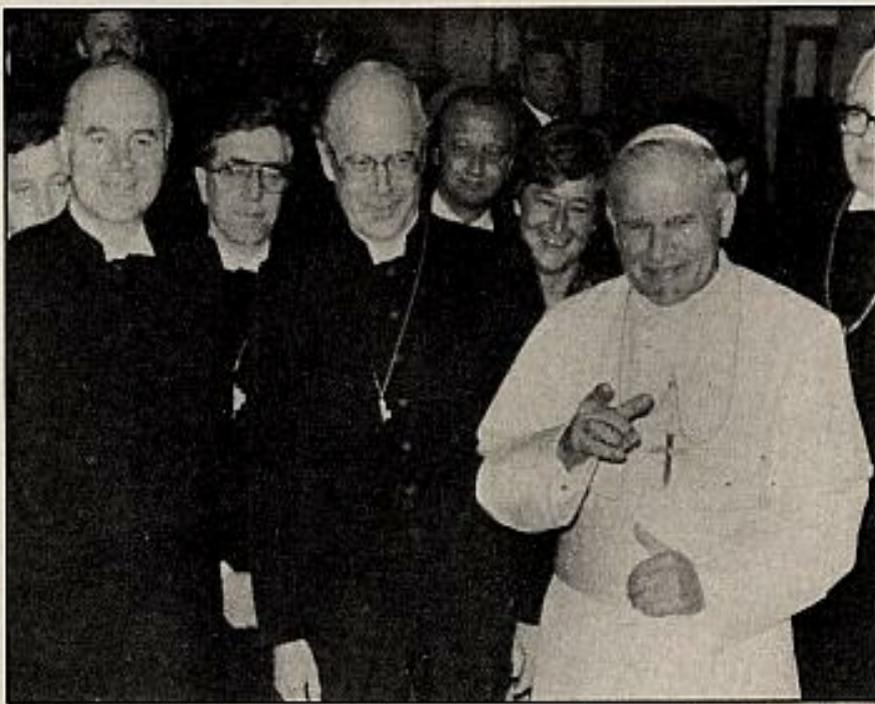
miento que ocurrió más tarde entre católicos y protestantes y que produjo las grandes diferencias actuales entre unos y otros.

Occam, el filósofo católico medieval en el que tanto se inspiró Lutero, era apreciado oficialmente en la Iglesia y se enseñaba obligatoriamente en las Universidades católicas.

La fé para el Cardenal Contarini era, como para la Biblia y para Lutero, la entrega al fundador del Evangelio como producto de una fe viva en él movido por el amor, y no de un frío y ciego conformismo intelectual, como exigía el español padre Astete en su catecismo.

El número de los Sacramentos había oscilado en la Edad Media entre 50 y 2. Y el famoso jesuita Padre Lubac, hoy considerado como gran ortodoxo doctrinal reconocía que se debía hacer —como hacían siempre los protestantes— una fuerte diferencia entre el Bautismo y la Eucaristía, por un lado y los otros 5 Sacramentos de Trento que los evangélicos suelen llamar «ordenanzas» y no sacramentos exactamente como los otros dos.

La confesión auricular no es totalmente combatida por Lutero, sino considerada como una devoción libre que no es obligatoria como no lo fue durante 12 siglos en la Iglesia católica; y ahora muchos católicos cree-



Juan Pablo II ha propugnado un amplio ecumenismo entre católicos y luteranos. En la foto aparece con Helmut Hild y el obispo Eduard Lohse, jefes de la iglesia luterana, en la catedral de Menz.

mos volver a aquella antigua y tradicional postura.

La Eucaristía no es algo irreal como atribuimos indiscriminadamente a todo protestante que habla de este Sacramento. Para Lutero, Cristo estaba presente en ella con realidad, aunque explicaba esta presencia por medio de una teoría filosófica distinta de la que Trento fomentó. La llamó «consustanciación», allí donde nosotros los católicos aceptamos de ese Concilio del Siglo XVI la «transustanciación» como explicación intelectual de esta enseñanza religiosa.

El —como en parte ha ocurrido en el Concilio Vaticano II— dio más importancia al sacerdocio general de los simples fieles como pueblo de Dios, que al representante de la comunidad eclesial que llamamos sacerdote, el cual quedaba disminuido teológicamente para Lutero.

¿Quiere esto decir que todo se encuentra resuelto? ¿Que no hay nada que discutir entre los católicos y los luteranos? No seamos ingenuos porque aunque los acercamientos vitales llevan una reconsideración doctrinal importante, sin embargo, las sutilezas de los teólogos de una parte y de otra dificultan la labor ecuménica realista que otros queremos.

Ahí están, por ejemplo, los más importantes espectros, que tanto nos han separado en la controversia católico-protestante: el del Papado y el de la Biblia como única fuente de fe.

Sin embargo si el Papado dejase de lado su historia humana inflacionaria, podría quedarse en ser un poder moral coordinador que algunos protestantes aceptarían quizá, como hizo el teólogo evangélico Asmussen. Y la Biblia está por encima de la Iglesia, y no al revés. Esta enseñanza que casi parece protestante la defendió San Francisco de Sales en plena lucha contra ellos. A la Iglesia como conjunto le corresponde evitar los enfrentamientos doctrinales violentos en las controversias religiosas, a propósito de la letra de la Biblia; pero nunca para ponerse por encima de ella.

Quizá la más fuerte oposición cerrada entre católicos y protestantes se encuentre en los diferentes «talantes» que corresponden a la psicología y formas de existencia de una y otra postura, siguiendo la pauta que señaló hace 25 años el profesor Aranguren. Yo voto por la catolicidad en el cristianismo, por el sentido universalista del Evangelio, y no por un sentido demasiado concreto y poco pluralista para individuos o para grupos. Y esta es la reflexión que debemos comenzar seriamente a propósito de esta visita del Papa a la gran nación protestante que como otros viajes parece quedarse entre la espada y la pared. ■

Diciembre 1980



## EL HUMOR en la GUERRA CIVIL

TIEMPO DE HISTORIA

Publica en diciembre un número especial monográfico dedicado a los caricaturistas de las dos zonas en la guerra civil.

Selección y comentarios de  
FERNANDO DIAZ PLAJA